



JOSÉ ANTONIO, HOY

NARCISO PERALES

Soy falangista y me veis sin la camisa azul. Lo soy como os ha dicho Pons desde mi ya remota juventud. Y lo he seguido siendo en todos y cada uno de los días transcurridos desde entonces. Lo digo con cierto orgullo, porque no ha sido cosa fácil entre las balas de plomo y las balas de plata; entre la persecución y el soborno. Pero vivimos en un mundo de apariencias y es fundamental distinguirlas de las realidades. O mejor dicho, descubrir, desvelar, las realidades que están detrás de las apariencias. Las formas no constituyen las substancias. Y lo que importa siempre es la substancia. Fijaos bien, porque lo que podemos y tenemos que salvar es la substancia, no la forma. La forma está perdida. La sabiduría popular viene repitiendo desde hace siglos, que el hábito no hace al monje y esto es verdad. Pero la infinita necedad humano no aprende. Sigue creyendo —ciega y sorda a la experiencia infatigable— que dentro de cada hábito hay siempre un monje. Por esta causa, es posible falsificar monjes, cuando hacen falta monjes como recurso coreográfico; mucho más, si están disponibles para el caso y pueden actuar de monitores, algunos que lo fueron de verdad.

Y ved por donde, al aludir a estos últimos, hemos de tocar otra cuestión previa. El que fue falangista una vez un tiempo —históricamente o no—, no lo es de por vida necesariamente. Ayer lo fue, hoy no lo es. Que lo advierta él mismo o que no lo advierta, depende de su propia formación; o lo que es más importante, de la motivación de su conducta. Que lo adviertan los demás, depende de la observación y de la preparación de los demás, porque basta con observar sus obras. En esto también es válida la máxima evangélica: “Por sus obras los conoceréis”.

Dicho de otro modo, ser falangista no es ser negro. Y lo digo con todos mis respetos para los negros. Un negro nace negro, vive negro y muere negro. Un falangista deja de serlo —y esto puede ocurrirle en cualquier momento de su vida— cuando deja de serlo, es decir —y lo digo con palabras de José Antonio—, cuando ya no “está dispuesto a morir por **la España que la Falange entiende y quiere**, pero no por ninguna otra cosa.

Hay otros puntos que aclarar. En realidad, no hay otros, sino muchos puntos que aclarar. Toda una historia. Pero esto es muy importante para los viejos. Juzgo según mi experiencia. Un procedimiento éste de la auto-observación, válido en las Ciencias Psicológicas, con limitaciones. Tengo 53 años. Al comenzar la Guerra Civil, 21. El hombre identifica su vida con el recuerdo de ella. Por eso le parece siempre corta. Ahora bien, los sucesos importantes se fijan mejor en la memoria, con tal nitidez que parecen siempre muy cercanos. Hay que hacer un

esfuerzo para situarse en el lugar de los jóvenes de ahora. Hagamos una prueba. Cuando la Guerra Civil comenzaba, hacía exactamente 18 años del final de la Guerra Europea y 22 de su comienzo. Para mí, que la había conocido a través de un libro de estampas de mi abuelo, asesinado más tarde por los rojos, viejo y ciego, precisamente por ser mi abuelo, me parecía situada en la más remota prehistoria. ¿Qué les parecerá ahora a los jóvenes lo que ocurrió hace 35, 32 ó 28 años? ¿Tendrá para ellos sólo un interés anecdótico? Y sin embargo, ellos viven según sus consecuencias.

Por otra parte, no se diga que la Falange es vieja. Si la Falange tiene 35 años desde su fundación y 32 desde su maduración conceptual en José Antonio, ¿no tiene el Comunismo más de 60 años con Lenin, no tiene el Marxismo 120 años y el Capitalismo casi dos siglos? La historia no se interrumpe nunca mucho tiempo. Y sólo en el pasado, que condiciona el presente y enfoca el porvenir, puede encontrar la humanidad la inspiración, las fuerzas necesarias y las ilusiones precisas para luchar. Una doctrina política, bien cimentada, no envejece nunca si no tuvo la pretensión de contener desde el principio, siempre a mano, siempre dispuestas, las soluciones para los problemas que plantea el desarrollo de la Historia. Bien lo sabía José Antonio que se negó a redactar un programa, en el sentido que esta palabra expresa como proyecto alrededor del que se constituye un partido político y se contentó con los 27 puntos iniciales —puntos de partida insistía él— que fue corrigiendo en los años de 1934, 35 y 36 hasta su muerte; corrigiendo, entiéndase bien, dentro de la lógica de los principios, que siguen siendo válidos.

Ahora bien, vosotros mis camaradas, sabéis lo que es ser Falangista. ¿Pero lo saben los demás? ¿No habrá ocurrido que al rotular con nuestro nombre tantas cosas extrañas, durante tantos años, hayamos venido a ser en el concepto público, cosa distinta, radicalmente distinta, de lo que somos? Y lo que es más importante, ¿se sabe ahora, o mejor sabe el común de las gentes, lo que la Falange pudo y puede hacer para la solución de los problemas españoles y aun mundiales?

Si analizamos fríamente los hechos; si somos capaces de dominar nuestra indignación, nuestra rabia, que sí que lo somos (porque hemos ejercitado largamente la paciencia, bien que obligados) para comprobar objetivamente las consecuencias de ello; si nos situamos a extramuros de nuestra propia información, en un lugar cualquiera de nuestra sociedad, nos encontraremos con que hemos resultado ser, según las apariencias, defensores del Capitalismo, cuando tratábamos de desmontar el Capitalismo; gestores de negocios, protectores y guardia pretoriana de los banqueros, cuando en 15 días pretendíamos nacionalizar la Banca; defensores de los terratenientes, a los que se devolvieron sus tierras expropiadas y ahora (bien sé que con eficacia irregular) se les ayuda a explotarlas, cuando lo desean, con el dinero del Común, cuando propugnábamos una reforma agraria revolucionaria; patrocinadores benévulos de las grandes Compañía Eléctricas, Telefónicas y Constructoras, subastadores y arrendadores de autopistas, carreteras y túneles, cómplices por omisión al menos, de los especuladores de solares; cuando habíamos inscrito en nuestros propios puntos iniciales el propósito de nacionalizar los Servicios Públicos; autores o introductores de los diversos procedimientos en uso en los que se maneja el dinero de la Colectividad para salvar o aumentar las ganancias de los capitalistas, cuando fuimos severos censores de la simple socialización de las pérdidas; fuerza partícipe de una alianza, conglomerado o lo que sea, cuando José Antonio denunció indignado a los que nos creyeron “vanguardia, fuerza de choque o inestimable auxiliar de cualquier movimiento reaccionario”. Cuando — con palabras de José Antonio de nuevo— era ofensivo para la Falange, incluso la simple proposición de tomar parte “como comparsas en un movimiento que no fuera a conducir a la implantación del Estado Nacional Sindicalista, sino a la restauración de una mediocridad burguesa conservadora, orlada para mayor escarnio —decía— con el acompañamiento coreográfico de nuestras Camisas Azules”.

José Antonio, el mejor español desde hace siglos, el hombre que superando los prejuicios de familia, clase y profesión, fue capaz en solamente tres años, de revelar con su palabra y con su ejemplo un nuevo sentido de la vida y una doctrina nueva de validez universal, en medio de las apremiantes solicitaciones de la acción política en la calle o en la cárcel, cayó joven, a los 33 años, hace ya casi tantos como tenía, muerto por los fusiles de uno de los dos bandos enemigos; pero no cayó, como se nos ha querido hacer creer, por esta España, sino por otra, por “una España exacta, ligera, emprendedora, limpia de chafarrinones zarzueleros y de mucha roña consetudinaria”. “No de una España para ensalzada en gruesas efusiones oratorias, sino para entendida y sentida como ejecutora de una gran destino, de un destino envidiable en lo universal”, que él como veremos en seguida, señalada para nuestro tiempo en la síntesis de los valores que deben ser conservados y salvados de la vieja civilización occidental y de los valores

nuevos hasta entonces, y podemos decir que hasta ahora negados, pero aportados, en la nueva civilización nacida en el Oriente de Europa.

Miles y miles de camaradas, como decía hace un momento Pons, fueron cayendo por todos los rincones de la complicada geografía española, por esa misma España de José Antonio que había de devolverles la alegría y el orgullo de ser españoles, de tener por fin una Patria que no fuera —José Antonio lo expresaba así— vana invocación de cosas hinchadas, sino expresión de un gran contenido espiritual y humano, sin el cual toda invocación a la Patria, es patriotismo, música de charanga, con la que unos cuantos privilegiados tratan en vano de distraer al pueblo para que no se acuerde de sus apuros y de su miseria.

Y su doctrina, la Doctrina de José Antonio invocada, pero no servida, habrá sido utilizada sólo para mantener algunos años la esperanza popular, para lograr esta paz —que va a resultar tregua que no paz— y este orden que si es visible en la calle, es en las demás esferas de la vida pública confusión, desorden.

¿Será posible que todo haya sido en vano? ¿Hemos de volver al punto de partida? ¿Se ha de perder la sangre derramada y la solución prometida?

Por lo pronto estamos asistiendo a la revisión teórica de lo que ni siquiera se intentó poner en práctica. Se trata evidentemente de lograr que la estructura realmente creada y utilizada en defensa del Orden socio-económico capitalista, pueda persistir, reparándose, modificándose o cambiándose —que en esto no hay completo acuerdo— solamente la fachada. Y es curioso comprobar como colaboran desde distintos ángulos y con distintas fórmulas los periódicos de la oposición consentida, tolerada, los supuestos demócratas, los defensores de los derechos del hombre —¡vaya usted a saber de qué hombres!— los progresistas no comunistas y los integristas y reaccionarios de todos los matices, de la izquierda y de la derecha, incluyendo por supuesto algunos que para escarnio nuestro, se llaman falangistas todavía.

¿Cómo es posible esto? Hay una forma de combatir una Doctrina, mucho más eficaz que el silencio y la prohibición: su falseamiento. Hay una sola forma de disolver a una fuerza política gigantesca: la sustitución de sus directrices conservando las formas. Suele tener éxito, porque la fuerza política no se basa sólo en la razón, sino también en las fuerzas irracionales más fáciles de engañar que no obstante son las que mueven decisivamente al hombre hasta la muerte: en el deseo de la justicia que Dios puso en el alma humana, en los sentimientos más nobles y sobre todo en la ilusión. Y la ilusión política es como el amor exigente en su expresión, sutil y frágil en su esencia. Es difícil recuperar el amor cuando se pierde.

Todos sabéis la historia.

La Falange Española de las J.O.N.S. tuvo una vida legal efímera. En sus tres años escasos de vida antes del 18 de julio, en pleno Régimen Liberal, gobernando primero las derechas y luego las izquierdas, no tuvo sus centros abiertos ni siquiera un año. Finalmente, el Gobierno del Frente Popular encarceló a todos sus Directivos conocidos a su alcance, disolviendo la organización, pese a la sentencia del Tribunal Supremo de la República que había decretado su legalidad. Con el Alzamiento, la Falange reapareció públicamente con las armas en la mano y sus consignas se extendieron abiertamente por toda la zona nacional, jamás ha habido una fuerza política, solitaria, de tanta popularidad como la Falange. Pero en abril de 1937, desapareció de nuevo para ser integrada, sin haber sido consultada, en una nueva Organización política que adoptó una extraña mezcla de nombres, himnos, emblemas y uniformes: La Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S. Esta Organización, tuvo —supuestamente, oficialmente— como norma programática, suprimido el más esencial, 26 de los 27 Puntos Iniciales o puntos de partida de José Antonio; pero fue sucedida, en fecha no determinada por el Movimiento que a su vez sustituyó su norma programática proclamada, pero no cumplida, por los principios del Movimiento hoy en vigor.

Racionalmente, no puede haber duda en la distinción, clara, clarísima distinción entre Falange y el Movimiento.

Se puede preguntar ahora ¿por qué fue aceptada la unificación? Habría que volver a aquel tiempo. Muchos creíamos que no teníamos derecho a poner en peligro grave la suerte de la Guerra ni la vida y libertad de nuestros camaradas, desatada la barbarie, por defender o imponer nuestras convicciones que cabría hacer triunfar más adelante. Probamos nuestro patriotismo y probamos nuestra ingenuidad. Aquella de que hablara José Antonio al decir en su testamento “Dios haga que su ardorosa ingenuidad no sea nunca aprovechada en otro servicio que en el de la Gran España que sueña la Falange”. Cada uno de nosotros podría explicar una experiencia amarga. Hedilla, el

último Jefe Nacional fue a la cárcel y no fue solo. Otros nos dedicamos a un forcejeo sordo y estéril, sin experiencia, dada nuestra juventud y sin instrumentos, dada nuestras posiciones. Personalmente en 1938, volví al frente y sólo en 1941, planteado otra vez el forcejeo sobre bases más sólidas en apariencia, volvimos a él, para abandonarlo definitivamente por inútil un año más tarde en 1942. No fue esta decisión inofensiva para mí, me costó más de un año de confinamiento.

Se ha dicho ahora, y se ha dicho por los más interesados en que esto fuera así, que la Falange tuvo su razón de ser en una época histórica y que esa época histórica pasó. Si un movimiento político no es sólo la creación de un hombre, sino también el fruto de unas circunstancias, la Falange tiene más razón para existir hoy que ayer. No la tiene sin embargo, para los que nos creyeron fuerza de choque anticomunista y ahora, convencidos de la universalización de los problemas, atribuyen a los “marines” norteamericanos el papel que entonces nos asignaban. Pero si las razones históricas lo exigen y el pensamiento de José Antonio está ahí, aquí está la Falange como actitud, como tendencia irreprimible, más viva en su esencia que ayer, más prometedora que nunca.

Yo no voy a negar las realizaciones del sistema. La política de los Seguros Sociales, aunque enclenque y desarrollada 70 años después de Bismark, el fomento de la Vivienda, el Instituto de Colonización, el Instituto Nacional de Industria, sobre todo en la concepción de Suances, puesto que después se ha ido convirtiendo en centro de rehabilitación de la iniciativa privada en quiebra, y no sabemos en qué terminará, ni el programa de las grandes obras públicas ni tantas realizaciones que aunque sumamente discutibles en su envergadura y desarrollo han sido evidentemente progresivas en relación con lo anterior; ni voy a negar que la paz y el orden público, la introducción de la técnica moderna y la aportación de capitales en divisas procedentes —¡qué pena!— del ahorro de más de medio millón de emigrantes, de los ingresos turísticos y de las inversiones extranjeras, han restado una parte de su dramatismo al problema social; pero las diferencias entre los privilegiados y los trabajadores se han magnificado y si hoy hay algunos que viven como los americanos ricos y muchos como los europeos medios, hay muchos más que viven todavía como los africanos pobres. Y los viejos problemas, que secularmente pesan sobre el país, están ahí presentes, dispuestos a resucitar, ya no a una fuerza del futuro, que como la nuestra se anticipó 50 años en sus formulaciones, sino a los propios fantasmas del pasado muerto. ¡Es la venganza de la Historia!

A veces cabe leer en los periódicos del Movimiento noticias de interés, así en uno de ellos, hemos leído hace muy poco que la Renta Nacional está distribuida de tal modo que la participación de los trabajadores en 1965 y aún siendo la inmensa mayoría del país, no alcanzó más que al 52,7 %, habiendo descendido en 1,9 % en relación con 1964. En 1960 los cinco primeros Bancos españoles obtuvieron ganancias del 58 %, mientras que los cinco primeros Bancos europeos, que no son por cierto círculos arcangélicos, se contentaron con un 18 %. Desde 1935 a 1960, teniendo en cuenta el poder adquisitivo de la peseta, los empleados de banca, no obtuvieron ninguna mejora, mientras que los accionistas lograron el 243 % y los Consejos de Administración el 444 %. El 2 % de los propietarios de tierras, siempre según el mismo periódico órgano de los Sindicatos actuales, percibe el 50 % de toda la renta agraria. Recordemos ahora a José Antonio en uno de sus textos:

“Nuestra modesta economía está recargada con el sostenimiento de una masa parasitaria insoportable: banqueros que se enriquecen prestando a interés caro el dinero de los demás; propietarios de grandes fincas que sin amor ni esfuerzo, cobran rentas enormes por alquilarlas; consejeros de grandes Compañías, diez veces mejor retribuidas —50, 60, 100 veces diríamos ahora— que quienes con su esfuerzo las sacan adelante; portadores de acciones liberadas a quienes las más de las veces se retribuye a perpetuidad por servicios de intriga; usureros, agiotistas y correveidiles”. ¡Qué diría ahora!

En tiempos de Luis Felipe en Francia, con el Ministro Duchatel, se inauguró la política de la socialización de las pérdidas, ampliamente adoptada por los gobiernos capitalistas de todas las naciones, al decir cínicamente en el Congreso “El Estado debe reservarse todos los riesgos de ruina para preservar de ellas a las Compañías”. José Antonio criticó duramente esa política con las siguientes palabras: “Y así hemos visto como las Instituciones más fuertes se han acogido a la benevolencia del Estado o para impetrar protecciones arancelarias o para obtener auxilios en metálico... el capitalismo tan desdeñoso, tan refractario a una posible socialización de sus ganancias, en cuanto vienen las cosas mal, es el primero en solicitar la socialización de las pérdidas. Debe advertirse que todavía los franceses maestros de los españoles —y si no ahí tenéis a Servan Shkreiber que ha venido a Barcelona y a Madrid a explicarnos ahora lo que tenemos que hacer— no habían inventado la acción concertada ni los planes de desarrollo

indicativos, gracias a los cuales se socializa la aportación de capitales; lo cual, con la de las pérdidas, completa el ciclo de la socialización en beneficio de la oligarquía económica, puesto que sólo quedan inalienables las ganancias de los capitalistas.

José Antonio quería desmontar el capitalismo afirmando de este objetivo: “Esta no es sólo una tarea económica, es una alta tarea moral”. Pero se nos puede decir; pero eso también quiere hacerlo el comunismo. No hemos tenido ningún inconveniente en admitirlo así; pero añadiendo en seguida que si podemos coincidir en este propósito, no coincidimos en ninguna manera en lo demás. El comunismo se quedó en un colectivismo esclavista, en una dictadura permanente, es un régimen ya reaccionario, máximo monumento al panteísmo del Estado, al totalitarismo en su peor sentido. Y al negar el germen de un mundo mejor que llevaba en su entraña, resultó ser por una parte heredero merecido del capitalismo, viniendo a empalmar por otra con el comunismo de los hijos del sol peruanos o con el estado faraónico del antiguo Egipto. José Antonio, no obstante, vio claro lo que podía haber sido y lo que debía ser, oído.

“Pero en las invasiones de los bárbaros se han salvado siempre las larvas de aquellos valores permanentes que ya se contenían en la edad clásica anterior. Los bárbaros hundieron el mundo romano, pero he aquí que con su sangre nueva fecundaron otra vez las ideas del mundo clásico. Así más tarde la estructura de la Edad Media y del Renacimiento se asentó sobre líneas espirituales que ya fueron iniciadas en el mundo antiguo. Pues bien en la Revolución rusa, en la Invasión de los bárbaros a que estamos asistiendo, van ya ocultos y hasta ahora negados los gérmenes de un orden futuro y mejor. Tenemos que salvar esos gérmenes y queremos salvarlos”.

He aquí la tarea. Realizar esta síntesis difícil que encuentra enemigos en los dos bandos. Enemigos encarnizados; sin piedad. Hubiera sido un milagro ganar al primer empuje, siendo, como éramos fuerzas de un solo Jefe, de un solo doctrinario, que había de faltarnos además en la hora precisa. Pero la empresa vale la pena. Hay que insistir; volver a la carga. No darnos por vencidos. ¡Queremos la victoria!, ¡toda la victoria para nuestra bandera! Por eso somos revolucionarios. No creemos en la evolución. La evolución es teóricamente otro camino; en la práctica se inicia siempre vigorosamente, languidece luego y combatida más tarde, se extingue pronto. Haría falta una raza especial de evolucionistas, suaves y tenaces, con el coraje de los revolucionarios, la habilidad de los politicastos más hábiles, la paciencia de Job y la perseverancia de la santidad. Pero esta raza no se da en ninguna parte.

En la revolución se cambian las estructuras bruscamente. Son necesarias energía y clarividencia, porque de esta energía y de esta clarividencia, depende que una operación como ésta, delicada y difícil, no produzca grandes perturbaciones en las necesidades inmediatas de la vida social. Hace falta la minoría inasequible al desaliento de José Antonio, la organización de revolucionarios dispuestos a sacrificarlo todo, incluso la vida, por el ideal; pero también, perfectamente sincronizados y preparados para realizar los cambios con realismo absoluto y con pulso firme. Se trata, en la hora precisa de poner en tensión todos los resortes de la personalidad para rendir al máximo y sin vacilaciones. Lo cual biológicamente es sólo posible durante poco tiempo; el tiempo de los grandes cambios.

Luego la rectificación y el perfeccionamiento de las estructuras creadas requiere menor esfuerzo y puede lograrse con el concurso de muchos y por supuesto, de los técnicos de todas las escuelas. Finalmente rotos ya los moldes opresivos, creadas las nuevas vías para el desarrollo de las fuerzas sociales, viene la etapa de la educación del pueblo, la reconstrucción del hombre, la puesta a punto para la libertad; porque como decía José Antonio, sólo los reaccionarios pueden preconizar una dictadura como instrumento permanente de gobierno.

¿Qué debería hacerse para lograr la Revolución pendiente? Exponer nuestras ideas con la debida extensión quizá nos llevara más tiempo del que disponemos y además todos las conocéis, pero resumo. Ante todo, sería necesario un cambio radical en las estructuras económicas y esto no porque lo material sea lo importante sino porque la Justicia sí lo es y reclama a voces una nueva Ordenación de la Sociedad Española. Basándonos por tanto en las ideas de José Antonio consideramos esencial: 1.º Reforma del concepto de la propiedad para extenderla en función de su utilidad social a todos los españoles. Esto supondría la limitación de la propiedad individual a los bienes de uso y consumo y a los instrumentos personales de trabajo, con su reafirmación y defensa y la creación de nuevas formas de propiedad familiar, sindical y comunal. Sólo el trabajo debe ser titular de la propiedad. El Capital es un instrumento del trabajo y debe ser de la comunidad. Los pequeños capitales individuales, fruto del ahorro, podrían ser prestados a la Comunidad y recibirían a cambio su salario, pero no darían derecho a la propiedad de los instrumentos de trabajo ajeno. Por otra parte, la herencia sería gravada en forma tal que se extinguiera en la segunda

generación. 2.º Reforma agraria con la delimitación del área cultivable, devolviendo al pasto y a los montes las tierras casi estériles que todavía se cultivan, perpetuando el hambre de muchos de nuestros campesinos. Incremento de las obras hidráulicas. Ordenación racional de los cultivos. Instalación revolucionaria de los campesinos sobre las tierras, delimitadas en unidades de propiedad familiar o sindical, según la naturaleza de las tierras. Reconstrucción del patrimonio comunal de los ayuntamientos con las tierras dedicadas a pastos y bosques. 3.º Nacionalización de la Banca, de los Servicios Públicos y de las Industrias básicas mediante la creación de empresas mixtas del Estado y de los trabajadores por medio de los Sindicatos. 4.º Colectivización de las Empresas, encuadramiento de las mismas en los Sindicatos o ramas de la producción. 5.º Ordenación de la Economía mediante la Planificación permanente por el poder económico delegado por el Estado en los Sindicatos. El Estado sólo debe reservarse el arbitraje y esto, al principio solamente.

Clave de la transformación social española era y son los Sindicatos. Para la Falange, los Sindicatos eran radicalmente distintos a los primitivos. Por una parte, un sistema de organización económica. Por otra, instrumento para la colectivización de las Empresas. José Antonio concebía a España en lo económico, como un gigantesco Sindicato en el que los productores estarían encuadrados por empresas y éstas por ramas de la producción. Estos eran los famosos y discutidos Sindicatos Verticales. Otra cosa, por supuesto, de aquellos que definía el Fuero de Trabajo en su redacción original, hoy modificada, que son en realidad Sindicato Mixtos Obrero-Patronales.

El concepto de Vertical lo tomó José Antonio de Hugo Stinnes, teórico alemán del verticalismo, del solidarismo industrial, autor del nombre de Sindicato Vertical. Este preconizaba y poseyó un sistema de organización económica flexible y racionalizado en el que las Empresas se agrupaban por ramas de la producción desde las dedicadas a la extracción de las materias primas hasta las comerciales de productos manufacturados. El sistema permite una planificación constante, aumenta increíblemente la productividad y suprime los intermediarios. Ha sido seguido en la organización cada día más numerosa de los “holding” y “superholding” capitalistas y se ha comenzado a adoptar en los países comunistas. Pero, por otra parte, el Sindicato es el instrumento —son palabras suyas— mediante el cual “la plusvalía que en el régimen capitalista va a parar a manos de los que contratan el trabajo y de los financieros y en el comunista al Estado, vaya a parar a los propios trabajadores”. Es decir, es el medio por el cual los trabajadores pueden ser, los propietarios de sus Empresas, entendiendo como trabajadores a todos los que trabajan en ellas, y constituyendo la Empresa así colectivizada la célula elemental del gran Sindicato Vertical. Cosa muy diferente de los Sindicatos mixtos obrero-patronales de los cuales se podría decir lo que José Antonio dijera del Corporativismo, especie más perfeccionada, que conservando las relaciones de trabajo capitalista, constituyen un género de Jurados Mixtos o Comités Paritarios.

No quiero terminar sin referirme a dos cuestiones candentes. La primera de ellas, es la supuesta crisis de las ideologías, cantadas jubilosamente por los que querrían inaugurar el reinado de los tecnócratas y cancelar de paso todas las aspiraciones humanas a un mundo mejor. La segunda, es el matrimonio monogámico aparentemente indisoluble, entre disolución espiritual y revolución social de una parte y entre reacción político-social y defensa de los valores del espíritu de otras.

No creo en el crepúsculo de las ideologías. En los últimos cincuenta años hay una evolución rápida, un progreso técnico, en aceleración creciente que ha creado nuevas condiciones de vida. Los perfeccionados medios de comunicación y de transporte, las fibras sintéticas, los plásticos, los modernos procedimientos para la construcción, la mecanización de los procesos industriales, los nuevos productos químicos, la electrónica, la automatización... pero, por otra parte, la evolución social y moral están increíblemente retrasadas. Las antiguas instituciones milenarias no han cambiado, simplemente se han deteriorado, persistiendo sólo en sus apariencias exteriores inmutables. Derrotada Alemania y hundido estrepitosamente el Imperio Británico, roto el equilibrio entre las naciones; las que se formaron en el curso de la Historia perdieron su soberanía, hoy en manos de los gigantes, que se disputan la hegemonía mundial, chocando constantemente en la periferia de sus órbitas en pequeñas guerras hipócritas y crueles que amenazan con acabar, en algún momento, con el precario equilibrio del terror, del que es fruto la paz de que dispone el mundo.

Las ciudades han crecido anárquicamente y monstruosamente, invadiendo los antiguos espacios disponibles para el esparcimiento de los niños. Por otra parte, el aumento del tráfico hace indeseables los traslados urbanos, ilusorios los juegos infantiles e incómoda la vida en la ciudad. Las familias en cuyo seno convivían tres y a veces

cuatro generaciones, se han quebrantado gravemente. Los viejos y los niños, perdido ya su tradicional y aleccionador contacto, escuela de experiencia y cariño, se consideran cargas insoportables que se llevan a regañadientes. Y muchos viejos que no tienen el atractivo de la herencia, viven solos en sus hogares sórdidos y mueren abandonados. La autoridad paterna y marital está en crisis; mientras las exigencias sociales, educativas y formativas, y aun los incentivos para el placer, son mayores que nunca para la juventud. La amistad, ese sentimiento generoso, a veces más que fraternal se va haciendo más rara cada día. Los hombres, son menos hombres y las mujeres menos mujeres, anunciándose la aparición del “tercer sexo”, legalizándose en algunos países el apareamiento de los invertidos. Consecuencia de esta situación son las toxicomanías, el aumento de los suicidios, la plaga de la delincuencia juvenil y las neurosis sociales, que incluso en nuestro medio, hasta hace poco resistente, pueden comprobarse en mayor número cada día.

El hombre se siente solo y desgraciado ante la distancia que media entre sus necesidades, en parte artificialmente creadas por la publicidad comercial, y sus recursos, siempre insuficientes. Cree que le tocó vivir una época mágica en la que todo es posible para hoy o para mañana: el trasplante de órganos y aun del cerebro, la invasión de la Tierra por los marcianos, o la emigración masiva a otros planetas, la resurrección de un cadáver congelado a muchos grados bajo cero durante años o la creación artificial de la vida; pero comprueba cotidianamente que sus problemas son los de siempre, y que la voluntad propia apenas vale para resolverlos; desea seguridad y halla inseguridad, justicia y encuentra una injusticia, amor y tropieza con el egoísmo ajeno; fe, firmeza, tranquilidad, libertad y sólo ve a su alrededor escepticismo, inquietud, flojedad y opresión. Por otra parte, conmovidas sus creencias, perdió toda perspectiva fuera de sus horizontes inmediatos.

Una situación así, ¿pueden resolverla los tecnócratas? ¿Qué fórmula técnica podrá ser útil para que el hombre se encuentre a sí mismo y redescubra a Dios, Señor del Universo?

No; no creo en el crepúsculo de las ideologías o, mejor aún, no creo en el crepúsculo vespertino de las ideologías, sino en el matutino, en una nueva aurora que anuncia el florecimiento de ellas. Hay demasiados ejemplos en el mundo actual para comprenderlo y para esperararlo. Lo que ocurre es que las dictaduras capitalistas o comunistas, siempre “democráticas”, hipócritas, suaves o brutales, según los casos, puesto que poseen todos los resortes del Estado moderno, obligarán a los idealistas a mayores esfuerzos y los expondrán a mayores riesgos, incluyendo el del extravío. Ved sino los actuales movimientos estudiantiles en todo el mundo, en los que late la búsqueda de nuevos ideales y el repudio de todos los vigentes.

Pero en la búsqueda de ellos, la humanidad tropieza con obstáculos formidables, no es el menor el que constituyen los pares disolución espiritual y revolución social de una parte y conservadurismo político social y defensa de los proclamados valores del espíritu de otra. Los dos bandos existen en el presente con muchos y muy diversos nombres. Ambos se basan en una actitud irracional, impermeable a todas las explicaciones, que obedece a la ley del todo o nada. No busquéis la razón, que no la hay en el tuétano de esta actitud; la hay, o mejor las hay, en los reclutadores de ambos bandos y en los aprovechadores de todas las circunstancias; pero en sus orígenes, no. ¿No sería más lógico el apoyo en los inmutables, eternos valores del espíritu, para barrer un orden corrompido, que hiede aunque resulte confortable para algunos y establecer en su lugar un poder nuevo, exigente, justo y armonioso? Y por el contrario, ¿es posible defender un orden viciado, monstruoso, en nombre de unos valores que lo contradicen?

En el pasado año, estuve en Yugoslavia por razones profesionales. Aquello parece ahora, rebasada la etapa terrorista, una sociedad mejor, mucho mejor que la rusa —que sigue estando jerarquizada fuertemente, militarizada, sin lugar para la libertad— y por supuesto que la capitalista. Pero es mejor en cuanto empieza a basarse en la moral eterna y en cuanto respeta, algunos que no todos, los antiguos valores del espíritu, reforzando de paso la eficacia social. Aquello se parece de lejos a lo que la Falange pudiera haber hecho y debe aún. Pero Yugoslavia corre su aventura en medio de riesgos enormes. No haremos mención de todos ellos, pero señalaremos que los prejuicios marxistas de sus dirigentes, los impiden ver con claridad el camino.

Por otra parte está Cuba, la nación hermana. ¡Patria o Muerte es el lema de Fidel! ¿Será un lema marxista la invocación dramática a la Patria o ha comprendido Fidel que en la Patria como tarea común bien entendida, está la clave de la transformación social?

Fuimos los primeros y perdimos la primacía. Pero hemos ganado en la experiencia, con la nuestra y la ajena. ¿Será posible todavía o será necesario, como dijo Juan Velarde, una nueva Fundación? Lo que importa, decíamos al

principio es la sustancia y no la forma. Y la sustancia está en el pensamiento de José Antonio. Recordemos ahora lo que él dijo de la tradición: “No es el ánimo de copiar lo que hicieron los grandes antiguos, sino de adivinación de lo que harían en nuestras circunstancias”.

Y nada más camaradas, como podéis fácilmente comprender, mi exposición de esta tarde no ha sido más que una aclaración. Queda mucho que decir y más por hacer. El Círculo de José Antonio de Barcelona, destaca por su inquietud y pretende sin duda la formación de sus militantes en la Doctrina de José Antonio. Creo que he contribuido en este propósito y espero que nuestro contacto no se acabe aquí.

[Texto íntegro de la conferencia pronunciada por Narciso Perales el 9 de marzo de 1968, en Barcelona, en los locales cedidos por Fomento del Trabajo Nacional, dentro del ciclo de conferencias organizado por el Círculo Doctrinal “José Antonio” de la Ciudad condal]

